

**Itinerarios Urbanos. Una novela sobre el territorio**

Presentado por:

Adriana Gisela Atehortúa Vanegas

Asesor de tesis:

Paolo Villalba Storti

Tesis para optar al título de Magister en Literatura

Universidad Pontificia Bolivariana  
Facultad de Educación  
Maestría en Literatura  
Énfasis en Ciudad, literatura e hipertexto.

Medellín

2015

**Itinerarios Urbanos. Una novela sobre el territorio**

## Prólogo

Las ciudades se ubican y delimitan geográficamente a través de un mapa; cada calle, carrera, barrio, edificio, parque, en sí cada uno de los lugares de la ciudad se demarcan territorialmente con el fin de establecer unos límites que permitan el reconocimiento de los mismos por parte de quienes residen en la ciudad o la visitan, sin temor a extraviarse; sin embargo, la ciudad no es sólo esa colección de nombres localizados en un mapa o una guía turística.

La ciudad, además, es territorio que se construye a partir de los recorridos y los usos de quienes habitan, enfrentan y transforman ese repertorio de nombres, y que a su paso dejan una marca, una huella, en cada uno de esos sitios y esos nombres; en esta medida, en la ciudad también *“El mapa es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. Puede ser roto, alterado, adaptarse a distintos montajes, iniciado por un individuo, un grupo, una formación social.”* (Deleuze, 1994: 18).

Desde esta perspectiva, la ciudad se hace dual. Por una parte, conocida y visible: la ciudad que todos reconocen en el nombre, sus límites, los números de las avenidas, calles y carreras; la que se hace memorable en los monumentos, parques, edificios e iconos que la representan, en la que es posible desplazarse a través de los recorridos del tren o los autobuses; pero, también esa ciudad se hace desconocida e invisible: la ciudad que se fragmenta y se hace indescifrable en los trayectos ejecutados por cada transeúnte; la que se levanta tras el nombre cada barrio, avenida o monumento; la que reside en el paradero de los buses, los semáforos en rojo o los parques; la ciudad desprevenida que no es posible registrar en el mapa de una guía telefónica porque siempre es diferente, una ciudad como la de Quinn, personaje de la novela de Paul Auster, *La trilogía de Nueva York*:

*“un espacio inagotable, un laberinto interminables de pasos, y por muy lejos que fuera, por bien que llegase a conocer sus barrios y calles, siempre le daba la sensación de estar perdido. Perdido no sólo en la ciudad sino también dentro de sí mismo. Cada vez que daba un paseo se sentía como si se dejara a sí mismo atrás, y entregándose al movimiento de las calles, reduciéndose a un ojo que ve, lograba escapar de la obligación de pensar”.*  
(Auster, 2012: 10).

De modo que, la ciudad deviene y se configura como territorio de un individuo o colectivo social a través de las marcas que los habitantes registran en ella; de esa ciudad invisible en los mapas de las guías turísticas, pero expuesta en el mapa rizomático y abierto de Deleuze y Guattari, es de la que da cuenta la presente obra literaria *Itinerarios Urbanos*, una novela que narra los recorridos de algunos personajes y la relación que demarcan con los lugares a través del tiempo y el espacio.

Por lo tanto, esta novela nace del interrogante por el territorio y lo que allí se teje; de la necesidad de narrar los pensamientos, formas, sonidos, olores, colores y sabores de muchos de los recorridos de quienes asisten hoy a la rutina de lo urbano y lo que acontece en las calles, los barrios, los parques, los edificios y otros lugares de encuentro; así que, es ineludible dar cuenta de los ciudadanos, el territorio, las escenas y detalles que en él suceden y, que generalmente, pasan desapercibidos ante el afán de las múltiples ocupaciones de los transeúntes; en consecuencia, lo que se presenta es una narración desde una mirada caótica, nostálgica y sensorial de esos recorridos por la ciudad; pero, no el recorrido afanoso de quien se dirige hacia algún lugar, sino el recorrido azaroso y sensible de quienes tienen como fin evitar que la historia de lo urbano y la cotidianidad de sus habitantes se disuelva ante la inminencia de la globalización, el consumo y la urbanización hasta dar cabida a la ciudad de las quimeras que avizó Baudelaire:

*“Bajo un amplio cielo gris, en una vasta llanura polvorienta, sin sendas, ni césped, sin un cardo, sin una ortiga, tropecé con muchos hombres que caminaban encorvados. Llevaba cada cual, a cuestas, una quimera enorme, tan pesada como un saco de harina o de carbón, o la mochila de un soldado de infantería romana [...] Interrogué a uno de aquellos hombres preguntándole adónde iban de aquel modo. Me contestó que ni él ni los demás lo sabían; pero que, sin duda, iban a alguna parte, ya que les impulsaba una necesidad invencible de andar.” (Baudelaire, 1948:11)*

En este contexto, y para narrar hoy lo urbano, es imposible hacerlo desde una mirada lineal o cronológica, ya que se asiste a un momento de la histórico en el cual un único acontecimiento puede tener diversos orígenes, desenlaces y entramados, sin que ninguno de ellos sea correcto o incorrecto; por lo tanto, la narración de la novela se aborda desde el concepto del rizoma propuesto por Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*: *“el rizoma conecta cualquier punto con otro punto cualquiera, cada uno de sus rasgos no remite necesariamente a rasgos de la misma naturaleza; el rizoma pone en juego regímenes de signos muy distintos e incluso estados de no-signos. El rizoma no se deja reducir ni a lo Uno ni a lo Múltiple”* (Deleuze, 1994: 25); entonces, el territorio es un elemento vivo, en constante transformación y abierto a quien desee marcarlo e intervenirlo para establecer una relación de identidad con él.

De igual forma, la propuesta literaria *Itinerarios urbanos* presenta una estructura dividida en tres partes, a saber: en primer lugar, *ritornelo romántico*, entendido como un canto para enfrentar el caos; seguidamente, *ritornelo clásico*, asociado a un canto para retornar al pasado; finalmente, *ritornelo cósmico*, definido como un canto para dejarlo todo; así, el ritornelo se asume como el canto, el coro o el lied: esa canción corta que entona una voz solitaria para enfrentar las fuerzas del territorio.

*“No son tres momentos sucesivos en una evolución. Son tres aspectos de una misma y sola cosa, el Ritornelo. Aparece en los cuentos de terror o de hadas, y también en los lieder. El ritornelo presenta tres aspectos, los hace simultáneos o los combina: ora, ora, ora. Ora el caos es un inmenso agujero negro, y uno se esfuerza por fijar en él un punto frágil como centro. Ora uno organiza alrededor del punto una “andadura” (más que una forma) tranquila y estable: el agujero negro ha devenido una casa. Ora uno introduce en la andadura una salida, fuera del agujero negro.” (Deleuze y Guattari, 1994: 319).*

Por lo tanto, el territorio se entiende desde la relación que se establece con él; una relación que permite transitar entre las fuerzas del caos, las fuerzas terrestres y las fuerzas cósmicas; sin que esto implique un orden lineal o transitar por cada una de ellas, pues todo acontece en la lógica del rizoma; desde la mirada del ritornelo, la novela *Itinerarios urbanos* desarrolla tres formas de asumir el territorio inmerso en un universo rizomático; tres fuerzas que convergen en él y que pueden o no enfrentarse.

En la primera parte se asiste al encuentro del personaje romántico con el territorio, es un recorrido por las fuerzas del caos que narra la tragedia de aquellos que son atrapados por el territorio y por lo que no puede cambiar y entonar el canto de la tragedia romántica para enfrentar el caos. *“El territorio está ascendido por una voz solitaria, a la que la voz de la tierra, más que responderle le hace resonancia y persecución.”* (Deleuze y Guattari, 1994: 344). Por lo tanto, quienes transitan las fuerzas del caos siempre están expuestos a enfrenta el abismo de su cotidianidad. Peregrinando entre esas fuerzas del caos sucumbieron muchos de los personajes de la obra del escritor norteamericano Edgar Allan Poe; a quienes les era imposible escapar de la tragedia que marcaba el desenlace de sus acciones.

*“Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo. Sentárosen y hablaron de cosas comunes, mientras yo les contestaba con animación. Mas, al cabo de*

*un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en mis oídos; pero los policías continuaba sentados y charlando. El zumbido se hizo cada vez más intenso; seguía resonando y era cada vez más intenso.”* (Poe, 2011: 103).

La segunda parte es un transitar por las fuerzas terrestres en compañía de quienes se aventuran a crear en el territorio que ahora ocupan, consecuencia del azar, un lugar que los remita al origen, a lo natal; estos personajes desde una clásica siempre añoran regresar al territorio que han perdido y mientras logran ese anhelo crean lazos que los comunican con el territorio que han perdido. *“Ahora la tierra puede estar “desierta”, estepa árida, o bien territorio disgregado, arrasado, pero nunca está solitario, sino llena de una población que nomadiza, se separa o se reagrupa, reivindica o llora, ataca o padece.”* (Deleuze y Guattari, 1994: 345).

Así que, quienes transitan las fuerzas terrestres van movidos por el anhelo de retornar al territorio del cual el azar los ha despojado e igual que el héroe clásico Homérico, los acompaña la nostalgia por el territorio de origen, y mientras esto se hace posible recrean lo natal en el territorio que ahora ocupa. *“Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y el mar; y solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso”.* (Homero, 2001: 9).

La tercera parte es un transitar por las fuerzas cósmicas en compañía de aquellos personajes a quienes las fuerzas del caos y las fuerzas terrestres ya no los afectan porque han logrado desterritorializarse, dejar el atrás vínculo primario con el territorio para hacerse parte de él; *“ya no se enfrenta a las fuerzas del caos, ya no se hunde en las fuerzas de la tierra o en las fuerzas del pueblo, sino que se abre a las fuerzas del Cosmos”* (Deleuze y Guattari, 1994: 346).

De modo que, quienes se sumergen en las fuerzas cósmicas se aventuran a la calle, se lanzan afuera; se hacen territorio y logran trascender a él como Francois Besson abandona su territorio, lo incineran, se hacen mendigos y emprenden el viaje hacia el cosmos hasta hacerse parte de él. *“Besson puso el cajón de la cama en el suelo y empezó a quemar los papeles uno por uno. [...] Continuaba alimentando el incendio, reduciendo a polvo y malos olores todos los papeles de su habitación. Nada había que valiera la pena de ser guardado. Nada había que valiera la pena de ser leído.”* (Le Clézio, 2008: 209-210).

Por lo tanto, la estructura general de *Itinerarios urbanos* se fundamenta, por una parte, en el concepto de ritornelo de Deleuze y Guattari en torno a la relación de los personajes con el territorio entendido desde tres perspectivas: las fuerzas del caos, las fuerzas terrestres y las fuerzas cósmicas, caracterizado por una escritura rizomática que atraviesa toda la obra literaria.

Por otra parte, sirve de escenario a los recorridos y encuentros de los personajes de una ciudad que se demuele para darle paso a construcciones más modernas; desde esta perspectiva, se revela una ciudad en construcción, lanzada a la modernización, al igual que ocurre con el París de Baudelaire que demuele los antiguos edificios para darle paso a las avenidas, los sistemas de transporte, los centros comerciales, los edificios, las oficinas, los parques de cemento, los boulevares y pasajes comerciales; una ciudad que obedece a un sistema de organización territorial obsesionado en ordenar, nombrar y hacer uso de cada espacio, realidad que contrasta con el uso que hacen de lo público quienes habitan lo urbano.

Sin embargo, el barrio donde convergen los protagonistas de *Itinerarios urbanos* ha logrado sobrevivir a la máquina del progreso que le ha pasado por el lado; pues desde sus calles y construcciones que se asemejan a las fronteras entre países, porque nadie se hace cargo de ellas, es posible entrever las terrazas de los edificios de los barrios vecinos, los supermercados y centros comerciales de las

multinacionales, las avenidas y la estación del tren que delimitan el barrio; pero, un barrio que parece una frontera en el corazón de una ciudad que se demuele es un trofeo para las constructoras; entonces, el barrio se transfigura en la fotografía que avizoró Baudelaide en la *Mirada de los pobres*.

*“Al anochecer, un poco fatigada, quisisteis sentaros delante de un café nuevo que hacía esquina a un bulevar, nuevo, lleno todavía de cascotes y ostentando ya gloriosamente sus esplendores, sin concluir.[...]”*

*Enfrente mismo de nosotros, en el arroyo, estaba plantado un pobre hombre de unos cuarenta años, de faz cansada y barba canosa; llevaba de la mano a un niño, y con el otro brazo sostenía a una criatura débil para andar todavía.*

*Los ojos del padre decían: “¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! ¡Parece como si todo el oro del mísero mundo se hubiera colocado en esas paredesue.”*  
(Baudelaire, 1948:42).

Así que, Itinerarios urbanos se inscribe como una propuesta literaria sobre el territorio, en la cual se presentan dos perspectivas rizomáticas de él: la primera da cuenta de la relación de cada protagonista frente al territorio, ésta sustentada en el concepto de ritornelo desarrollado por Deleuze y Guattari: *“fuerzas del caos, fuerzas terrestres, fuerzas cósmicas: las tres se enfrentan y coinciden en el ritornelo”* (Deleuze y Guattari, 1994: 319); la segunda perspectiva aborda la concepción física del territorio como ese espacio sobre el cual los habitantes tejen sus encuentros y todo lo que constituye sus costumbres y usos, los lugares que conocen y hacen parte de la cotidianidad y, que ante la inminencia de la urbanización y modernización de las ciudades, tienden desaparecer generando borramientos sobre la memoria individual y colectiva de quienes los ocupan.

## **Bibliografía**



Auster, P. (2012). *La trilogía de Nueva York*. Barcelona: Anagrama S.A.

Boudelaire, C. (1948). *Pequeños poemas en prosa*. Buenos Aires: editora Espasa-Calpa.

Deleuze y Guattari, (1994). *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-textos.

Homero. (2001). *La odisea*. Barcelona: Folio.

Le Clézio, J. G. (2008). *El diluvio*. Barcelona : Seix Barral.

Poe, E. A. (2011). *Cuentos de imaginación y misterio*. Barcelona: Libros del zorro negro.

## **ITINERARIOS URBANOS**

*“Un niño en la obscuridad, presa del miedo, se tranquiliza canturreando.  
Camina, camina y se para de acuerdo con su canción”*

Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.*

## **El barrio I**

Amanece. Amanece en la ciudad y con la llegada del amanecer despierta la furia de los pitos en la avenida, el rugir de los motores en el vecindario, el perifoneo de los vendedores de tintos, frutas y periódicos. El sol empieza a calentar el pavimento de este barrio que es de todos y de nadie, calienta el tejado de las pocas casas de este lugar, casas que son de todos y de ninguno; lentamente los habitantes del lugar ocupan las viejas calles cargadas de polvo e historias de entreuntaros, de sueños muertos a la vuelta de la esquina y, también, de sueños que han volado lejos de aquí.

Este es un barrio extraño en medio de la ciudad: las avenidas, los edificios, el tren, el progreso pasaron por su lado y lo dejaron en el olvido; tal vez por eso es que me recuerda a las fronteras entre los países, porque todo les pasa por el lado y las deja en el olvido, porque son de todos y de nadie, porque en ellas nacen y mueren los sueños y las historias de quienes las ocupan, aunque seda por un instante.

En esta pequeña frontera los días y sus habitantes lucen diferentes cada día: son como fotografías que se desdibujan, como fantasmas sin calle propia para espantar, como aves de rapiña a la caza; pues aquí, como en las fronteras, las personas llegan y se van, y a su paso sólo dejan olvido. Me gusta este barrio. Me gusta este barrio porque por el aire viajan los sueños muertos de quienes lo pierden todo en las fronteras, la esperanza pérdida de quienes quieren huir de las fronteras, los cadáveres insepultos de quienes se pierden en las fronteras.

## **La casa**

Desde cualquier esquina del barrio, desde la estación del tren, desde la avenida o desde la terraza de los edificios vecinos; la casa de La Casera donde habitan los inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga no se ve como cualquier casa del barrio.

En este lugar todas las casas son humildes y la sencillez de las paredes contrasta con los colores alegres de las puertas y las ventanas, con el sabor a comida de hogar, con el olor a limpio que despiden las paredes. Sin embargo, la casa de La Casera es otra historia: la limpieza se ha ido y con tranquilidad el abandono ha entrado por la puerta, por las ventanas, por la paredes; es como si cada inquilino que ha ocupado estos cuartos al partir se llevara en la maleta la limpieza, los pequeños detalles, el color de las paredes y a cambio dejara oculto en los rincones la soledad, el abandono y el mugre que se confunde con el olor a polvo de la calle, con los papeles arrastrados por el viento que transitan por las aceras de este lugar; es como si cada inquilino al partir ocultara tras las puertas una parte de las ilusiones perdidas que lleva a cuestas.

En esta casa no hay cortinas, ni cuadros, ni comedor, ni mesas en la sala, sólo hay puertas cerradas con candados de todos los tamaños y matas muertas sembradas en materas que sirven de cenicero; no hay una sala bonita, con mesa de centro, porcelanas y jarrón con flores a un costado, pero si hay tres muebles verdes de flores mugrosas que sirven de muebles, de comedor, de cama y de motel; no hay una mesita para el teléfono con una silla al lado para hacerle la visita a los amigos que no se desean ver y a los familiares que se desean olvidar, pero si hay un teléfono monedero que funciona con monedas de cien pesos y que siempre, como todos los teléfonos públicos, está ocupado o dañado.

En esta casa el olor a limpio no se desliza por las paredes, ni se escapa por las ventanas; al contrario el olor a basura acumulada tras la nevera, el olor a aceite viejo pegado en las paredes, el olor a loza abandonada en el lavaplatos forman una sinfonía de olores nauseabundos que atrae cucarachas de todos los colores y

tamaños que se pasean y vuelan desafiantes en la cocina, en el baño en las habitaciones, en todas partes.

La cocina es un paisaje de platos viejos y rotos, de ollas quemadas, de cuchillos oxidados, con una nevera abandonada a punto de reventar por el hielo, un fogón de gas al que se le pierde la llama entre el hollín de años de abandono; un paisaje de alacenas con candados, que al igual que las habitaciones, cuando cada inquilino llega toma una y asegura bajo llave sus tesoros: café, azúcar, aceite, arroz, un plato, una cuchara una taza y olla y, obviamente, un par de cucarachas que se cuelan por las rendijas de madera y arman su hogar ahí; esos candados de todos los tamaños en las despensas de la cocina son una estrategia de seguridad o de distracción, algunos inquilinos guardan sus tesoros y no desean perder el café o la leche en polvo, pero otros en cambio, sólo aseguran sus cucarachas bajo llave y están atentos a que alguien olvide asegurar su tesoro para robarlo, y cuando esto ocurre no hay nada que hacer; como en las historias de Piratas todo desaparece sin dejar rastro.

La terraza es un pequeño cementerio de trastos viejos: ollas quemadas, cucharas torcidas, cuchillos oxidados, platos rotos; un cementerio de muebles abandonados, mesas partidas, materas destrozadas y girones de cortinas; un cementerio de cartas que nunca se enviaron, de poemas inconclusos; de sueños devorados por la soledad y el abandono; un cementerio de matas muertas, de colillas de cigarrillos y botellas de licor vacías y diseminadas por todas partes; un cementerio adornado de cruces de madera, baldes de agua y matas de ruda que ha colocado una inquilina solitaria y mala paga para espantar a las brujas y las malas energías que transitan por los cuartos, por la sala, por la cocina, por la terraza.

Al inicio, La Casera enviaba a alguien a sacar la basura, a limpiar la cocina, el baño comunitario y las zonas comunes de la casa, pero un día, cansada del desorden y a la falta de higiene de los inquilinos desconocidos, solitarios,

misteriosos y mala paga decidió no volver a enviar a nadie y ahorrarse el dinero para pagar la cuenta la cuenta del teléfono; y desde ese día ahí está la mugre comiéndose las baldosas, las paredes, las ventanas, la cocina, la nevera, el baño, las escaleras, los techos, los muebles, las matas muertas y las habitaciones; ahí está devorando a los inquilino y todo lo que cargan: los sueños, las metas, los miedos y hasta la ropa de cada uno de ellos; ahí está compitiendo con la mugre y el abandono de la calle.

Todo en esta casa es abandono, una casa que se cae a pedazos, una casa a la que la mugre, las ratas y las cucarachas se la devoran lenta pero eficientemente; una casa que cuando el progreso decida no seguir de largo por el barrio no será necesario derribar para hacer un nuevo edificio.

### **Los inquilinos I**

La única certeza que se tiene de todos los que llegan a este barrio a buscar una pieza en la casa de La Casera es que aparecen con un periódico en la mano, unas cuantas maletas o cajas y un pasado indescifrable.

### **Los inquilinos II**

Un día cualquiera ellos se encontraron sin saberlo, sin conocerse, en la sección de avisos clasificados de un periódico, en la sección donde anuncian lo que vende, alquilan, cambian, estorba, trae malos recuerdos o mala suerte; donde subastan lo que ya nadie quiere ya en la casa, en la vida, ni siquiera en los recuerdos.

En esa sección de letras menudas que huele a ansiedad, soledad e ilusión muchos anuncian a cambio de unos billetes, sueños, miedos, servicios, casas, carros, placer y hasta muerte, y también anuncian que hay una pieza desocupada en la casa de la esquina; en la casa de la puerta blanca, de las paredes de colores, de las baldosas rotas; en la casa de ese barrio que es de todos y de

ninguno. En el barrio se ve como una frontera entre dos países; que no sólo se ve así, sino que huele a frontera, se escucha como una frontera, se come como en las fronteras, se vive y se habita como en las fronteras.

Un día cualquiera abrieron el periódico buscando un lugar donde quedarse por un par de meses, un sitio para acomodar lo que cargaban en las maletas, un espacio donde descansar, una casa a la cual llegar en las noches, una familia transitoria de extraños. Un día cualquiera abrieron el periódico, tomaron el teléfono, alquilaron una habitación y el azar los puso a todos en la casa de la esquina, en la casa de puerta blanca y baldosas rotas, y ahí están una gran familia de extraños con rostros cada vez más familiares y soledades similares.

**Ritornelo romántico: un canto para enfrentar el caos**

*“Ora el caos es un inmenso agujero negro, y uno se esfuerza en fijar en él un punto fijo como centro”.*

Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.*

## **La Casera I**

Un día cualquiera La Casera llegó al barrio sin maletas y caminando por la calle, habló con los dueños de los bares, los restaurantes y los talleres, y luego, desapareció. Otro día cualquiera apareció de nuevo por las calles del barrio con una maleta, habló con las mismas personas e igual que la vez anterior desapareció sin dejar rastro.

Todos se dieron cuenta de su presencia, pero una tarde de nubes grises regresó seguida de cuatro camiones, ocupó, tres casas viejas del barrio e inició un negocio: alquilar habitaciones a inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga.

Desde entonces se le ve por el barrio a cualquier hora del día o de la noche caminando y hablando sola; siempre lleva el cabello revuelto y un saco café. Cuando llegó a este barrio, hace ya varios años, se tejieron muchas leyendas sobre ella, se dijo, por ejemplo, que era una millonaria excéntrica y no sabía en qué gastar el dinero ni los últimos años de la vida o una viuda fugitiva que asesinó al esposo y huyó de algún pueblo luego de vender propiedades del patrimonio familiar; también se dijo que trabajaba para la mafia y lavaba dinero del tráfico de drogas, que era una reclutadora de una red internacional dedicada a la trata de personas y el tráfico de órganos o una infiltrada de la policía que venía a dismantelar el cartel de repuestos robados de los talleres, el contrabando de cigarrillos y licor de los bares y las apuestas ilegales del barrio; igualmente, se dijo que pagaba una penitencia o estaba loca; que era una estafadora, una secuestradora o que huía de un convento; se dijeren muchas, pero nunca nadie supo con certeza que la trajo a este barrio que se ve como una frontera.

Hoy ella es la protagonista de la leyenda más popular e indescifrable que transita por las calles de este barrio. De ella se dicen muchas cosas, pero nadie le pregunta nada por el temor a desatar la furia de las fuerzas oscuras y trágicas que ocultan las leyendas urbanas.

## **La vendedora I**

Hoy como todos los días, muy temprano, sale La Vendedora; igual que todos los días llama la atención de quienes se encuentra a su paso. Ella asegura que es por su belleza y por el efecto de los trucos que usa para estar bien. Sin embargo, en los secretos que oculta, hasta de sus propios pensamientos, sabe que quienes se roban las miradas son el traje y el maquillaje que lleva puesto; y por supuesto el olor inconfundible que deja cuando pasa, ella sabe que la miran y murmuran a su paso, así que camina con la fuerza y la mirada altiva de una emperatriz que ha sido despojada de su trono.

Hoy como todos los días ha salido temprano de la casa de la esquina en la cual tiene alquilado el cuarto más pequeño, al lado de la cocina. Como es costumbre, eligió con cuidado el traje que lleva puesto. Luego de probar varias opciones, de desfilarse frente al espejo y sonreírle a su rostro invertido al otro lado del cristal se decidió por el vestido azul de bolas blancas y muy grandes; lo combinó con los zapatos rosados de tacón delgado, la cartera negra y la bufanda azul de hilos brillantes que se confunde con el collar amarillo de bolas grandes y mariposas de alas rotas.

Con paso firme se dirige a un pequeño café del barrio, camina dos o tres cuadras arrastrando una pesada maleta negra que siempre la acompaña. Entra, elige la mesa de siempre al lado de la puerta, pide un tinto y dos galletas de cien pesos, y empieza a revisar la maleta negra: hojea un par de catálogos, cuenta cajas, revisa el contenido de algunas bolsas y sobres; y luego de dejar todo en su sitio se toma



el desayuno de todos los días, siempre el mismo y en el mismo lugar. Cuando termina saca de su boso, una cartera más pequeña, es la del maquillaje, saca el labial rojo y le sonrío al espejo mientras retoca sus labios y sus pestañas, finalmente paga y sale dejando un olor a sándalo en el lugar.

La Vendedora, como todos los que llegan a este barrio por el que el progreso siguió de largo, apareció un día cualquiera cargada de maletas en un taxi. Se bajó en el café en el que siempre desayuna y luego de abrir varias de sus maletas encontró un periódico en el que tenía señalado con tinta verde la dirección y el teléfono de la casa de esquina, de la casa donde La Casera alquila habitaciones a inquilinos solitarios, misteriosos y mala paga.

Después de descargar las maletas y organizarlas cuidadosamente en la acera de un pequeño café del barrio, donde algunos toman tinto para pasar el tiempo y otros se pierden en las letras tristes de las canciones de la radio; La Vendedora entró al lugar y con la amabilidad y la sonrisa que caracteriza a quienes desempeñan su oficio, preguntó por la dirección que estaba encerrada con tinta verde en la sección de letras menudas; con la misma sonrisa y desparpajo solicitó al hombre del café el favor de que vigilara cuidadosamente las maletas y luego se alejó en busca de la dirección llevando consigo una pesada cartera de gran tamaño, se alejó por las calles dejando a su paso un olor a sándalo.

Una vez frente a la puerta blanca tocó el timbre tres veces, como nadie acudió al llamado decidió ignorar la situación y se sentó pacientemente en un muro al lado de la puerta. Hojeó el periódico, sacó el espejo y peinó su copete, pasado de moda, luego sonriéndole al espejo, como lo hace de costumbre, retocó su labios rojos; finalmente sacó una agenda, revisó facturas, tarjetas, tomó apuntes. Actuaban como si estuviera en la sala de la casa o en una oficina; quienes pasaban la miraban con curiosidad y en el café empezaban a imaginar que había huido dejando su pasado empacado en las maletas que pidió vigilar cuidadosamente.

La vendedora se sumergió en sus labores, olvidó el tiempo y lo que esperaba; tarareaba una melodía cuando, de repente, la voz inquisitiva de La Casera la lanzó de retorno a la realidad: recordó el aviso en el periódico, las maletas en el café y que no tenía donde dormir. El periódico en la mano fue suficiente para explicar lo que La Vendedora espera; sin entrar en detalles, La Casera le entregó las llaves de la casa y de la habitación; y finalmente, le recordó la importancia de pagar a tiempo si quería seguir durmiendo en la casa de la puerta blanca y las paredes de colores, tal vez lo hizo porque los billetes de baja denominación que le entregó La Vendedora eran presagio de inquilino mala paga.

Desde que La Vendedora apareció cargada de maletas ha despertado curiosidad en el barrio: es misteriosa, viste trajes de otras épocas, peina con cuidado el copete, que pasó de moda hace veinte años, conserva la mirada altiva y el paso firme de una emperatriz a la que le han robado el trono, habla sola y canta mientras camina por las calles de la ciudad cargada de maletas.

La Vendedora conoce muchas personas, pero no tiene amigos ni familia. Tras su maquillaje parece ocultar un secreto siniestro que cuida celosamente, hasta de sus propios pensamientos, y tras su sonrisa parece habitar un espíritu errante y solitario.

## **La Vendedora II**

Ahí va la vendedora. Camina. Camina sin descanso. En ocasiones se detiene un minuto, dos minutos o tres y saca de su cartera el espejo, se retoca el labial rojo y le sonrío a su rostro invertido al otro lado del cristal, también saca un peine y se enreda el copete pasado de moda para que no pierda altura.

Ella es vendedora de celulares, revistas, libros, peluches, mentiras, ilusiones y creencias. La Vendedora conoce muchos secretos y misterios que ha descubierto mientras recorre incansable las calles de la ciudad con una maleta a cuestas; por

ejemplo: sabe las palabras precisas para hacer una buena venta, pero también sabe que ya es muy vieja para los viejos clientes que prefieren cambiar sus billetes por cualquier cosa inútil que irá a parar a la caneca de la basura mientras imaginan los senos firmes y el buen sexo de una vendedora de mucho menos de 45 años; así que con estos caballeros ella no gasta sus palabras ofreciéndoles seguros o celulares, pero en cambio sabe que son buenos comprando pócimas mágicas para revertir los efectos de la edad, ayudas extras para llevar a la cama a las nuevas vendedoras de senos firmes, caderas redondas y piernas largas.

Cada que sale de las oficinas de los viejos casanovas se ríe. No sé por qué, pero siempre ríe. Tal vez lo hace porque sabe que no hay forma de revertir la edad y que lo único que funciona es la tintura para las canas y morir de hambre porque la comida mata. Cuando sale de vender pócimas mágicas también canta lo que recuerda de una canción de Willy Colón “encontraste una nena que no llega a veinte, esa categoría te pone caliente... Casanova no hubo tiempo para explicar cuando sentiste el treinta y dos descargar... viejo verde hasta el final...”; y así se va por las calles cantando y caminando con paso firme. La Vendedora casi siempre canta o habla sola mientras recorre incansable las calles de la ciudad con una maleta a cuestas.

Pero, La Vendedora también sabe que en esa maleta arrastra algo más que mercancía inútil y pócimas mágicas que de nada sirven; ella sabe exactamente quién sucumbe ante sus labios rojos y cómo sacar provecho de ello, ella sabe usar las palabras, su mirada altiva, sus piernas largas y su sexo maduro; también sabe que no tiene dinero para pagar la habitación y que tiene que esconderse porque si se deja ver la echan a la calle como lo ha hecho tantas veces La Casera con sus inquilinos extraños, misteriosos, solitarios y mala paga. Ella sabe que en esa maleta arrastra algo más que mercancía inútil y sabe sacar provecho de ello.

Me gusta seguir a La Vendedora porque le gusta cantar o inventar canciones, porque habla sola, porque huele a sándalo, porque llora cuando nadie la ve y porque sabe muchas cosas; porque de tanto caminar por las calles conoce a los

ladrones, a los vendedores de cosas inútiles, a los farsantes, a los honestos, a los traficantes, a los desocupados y a las personas buenas, no tan buenas y a las muy malas.

Ella sabe dónde comprar los celulares, las revistas, los libros, los peluches y toda la mercancía inútil que vende a buen costo; también sabe dónde comprar los secretos mágicos e inútiles para revertir la edad, reconoce el lugar exacto para comprar los collares de colores, las bufandas de hilos brillantes y las carteras que combina con los trajes que con certeza sabe dónde ir a buscarlos; sabe dónde encontrar a la hora del almuerzo un menú de sopa, arroz, ensalada, carne y jugo a buen precio; reconoce el sabor amargo de un buen tinto de la calle y el olor de un buen perfume de sándalo; sabe cuál es el parque indicado para quitarse los zapatos y descansar a medio día mientras muchos lo hacen en casa, otros continúan encerrados ignorando las horas y unos más escapan a un motel con los amantes de turno porque es más fácil perderse a las doce del mediodía que a las seis de la tarde cuando ya hay explicaciones que dar.

Ella sabe que al mediodía un parque es la mejor opción para descansar; en los parques, sin cruzar una palabra, se dan cita los extraños que no tienen adónde ir, ni dinero para gastar en un centro comercial ni amante de turno para escapar a un motel. En un parque cualquiera, preferiblemente solos, esperan que los minutos se consuman mientras están sentados en una banca con los ojos cerrados, o sin zapatos, o con una cerveza en la mano, o con un cigarrillo en la boca; en los parques silenciosos esperan que la hora del almuerzo se consuma para seguir de cacería en la ciudad. Por eso, me gusta seguir a La Vendedora porque de tanto caminar por la ciudad le ha ido robando sus secretos ésta y oculta esos secretos hasta de sus propios pensamientos.

Me gusta seguir a La Vendedora mientras camina. Me gusta mirarla sentada en el parque contando las monedas para almorzar o volver a casa en taxi, porque ni en los buses ni en el tren la reciben con esa maleta tan grande que siempre lleva a cuestas. Me gusta su cara de cansancio cuando la noche la atrapa caminando

porque nunca tiene para el taxi. Me gusta La Vendedora porque tiene un copete pasado de moda, porque huele a sándalo, a cantante de los años 60 y porque cuando regresa a casa siempre canta o se inventa una canción de Tormenta: “Por favor, me siento sola, sólo quisiera saber si aún me adoras...”; y continúa inventándose la letra o cantando la canción, pero lo único que se le entiende es que se siente sola.

Me gusta mirar a La Vendedora que no sólo camina sola y canta que se siente sola, sino que además huele a soledad, a tiempo guardado en un cajón y a sándalo.

## **El barrio II**

Definitivamente, en este barrio las personas viven como en las fronteras: los habitantes aparecen y desaparecen con el curso de las horas y cada que retornan son diferentes.

En las mañanas, los mecánicos y los vendedores llegan por la avenida a abrir los talleres; siempre se ven aparecer por las calles con los trajes limpios, el olor a loción pegado en la piel y los sueños de ayer sepultados. Todos traen una sonrisa nueva, una historia sin estrenar, un sueño sin fabricar. Abren los pesados candados, entran y luego salen con los overoles de trabajo manchados de aceite, polvo y gasolina; sin embargo, la sonrisa nueva y la historia sin estrenar siguen ahí, de momento sólo hay que empezar a fabricar el sueño del día.

También llegan conductores de carros grandes y pequeños; hombres que conducen carros nuevos, viejos y muy viejos; todos con la intención de comprar un repuesto, preferiblemente, robado, a dejar el carro porque está fallando, a saludar a un conocido, a pelear con un mecánico, a reclamar una garantía.

Desde la estación del tren, por el otro extremo de este barrio que parece una frontera, llegan los hombres y mujeres que abren los restaurantes, los cafés, los bares, los casinos y las casetas del barrio; todos, igual que los mecánicos, aparecen con los trajes limpios, el olor a loción pegado en la piel y los sueños de ayer sepultados; también traen una sonrisa nueva, una historia sin estrenar, un sueño sin fabricar, igualmente, cambian los trajes: los cubren con delantales blancos o de cuadros, el cabello desaparece bajo el gorro, el traje sobrio se reemplaza por otro más sensual y el maquillaje apropiado para empezar a fabricar el sueño del día, la mirada serena se sustituye por una mirada agresiva y una arma entre el pantalón lista para asesinar el sueño del día, que aún no se ha empezado a fabricar.

Mientras de la avenida y de la estación del tren llegan quienes se toman esta pequeña frontera en los días para habitarla, someterla, construir sueños y luego, asesinar esos mismos sueños; los habitantes de La Frontera en la noche salen de las casas, se van de cacería a la ciudad; todos salen bien bañados, con los trajes limpios, el olor a loción pegado en la piel, una sonrisa nueva, una historia sin estrenar, un sueño sin fabricar y dejan los sueños de ayer sepultados en este lugar.

### **Los inquilinos III**

Todos llegaron a la casa de la esquina con la intención de pasar un par de meses, pero se dejaron atrapar por el olor a basura pegado en las paredes, por la invasión de cucarachas voladoras y ratas de todos los tamaños que entran sigilosas desde la alcantarilla; todos se dejaron atrapar por La Casera de saco café que deambula por las calles del barrio a cualquier hora del día o de la noche, se dejaron atrapar por los inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga, por las historias que cargan a cuestas cuando salen a la calle y que encierran con recelo en un cajón cuando regresan a la casa de la puerta blanca y las baldosas rotas.

Me gusta esta casa. Me gustan los inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga cuando se sientan en la sala a esperar que el sueño los alcance. Me gusta la sala y los muebles verdes de flores mugrosas, los de los cojines quemados por las colillas de cigarrillo o marihuana; me gustan las flores mugrosas y muertas de esos muebles porque huelen a polvo, a humo, a tierra, a aceite, a leche, a gaseosa, a semen, a sudor, a soledad.

Me gusta la sala de esta casa porque desde la calle por las ventanas sin cortinas todos parecen actores de una obra que logran montar; y me gusta la escenografía de esa obra de teatro: colillas de cigarrillos en el piso, botellas de cerveza y gaseosa tiradas en los rincones, matas muertas en materas que parecen ceniceros, mesas que no existen, vidrios rotos, platos tirado por ahí en los que alguna cucaracha hace una siesta, olor a humo pegado en las paredes y un teléfono público a un costado de la sala que siempre está ocupado.

## **La Casera II**

Cuando La Casera empezó el negocio de subarrendar las habitaciones de las casas que alquiló y amobló con los muebles, las mesas, las neveras, los fogones y todas las cosas viejas que traía en los tres camiones que la seguían en las calles del barrio, en los talleres, en los casinos, en los bares, en las casetas, en todas partes se dijo en voz baja que estaba montando casas de prostitución con todos los servicios y para todos los gustos; también se dijo que se trataba de una organización al margen de la ley que se estaba radicando en la ciudad, que era una oficina del Estado que andaba de cacería; muchas historias circularon en los corrillos del barrio.

Desde que ella llegó custodiada por tres camiones, los vecinos la empezaron vigilar desde los balcones, ocultos tras las cortinas o las puertas; vigilaban los recorridos que hacía en el barrio, registraban en la memoria la hora en la que se perdía caminando hacia la avenida o la estación del tren, e igualmente, estaban

atentos a su llegada; también con mirada curiosa rastreaban personas que con un periódico en la mano llegaban a buscarla.

Pasaron los días, y como siempre ocurre cuando pasa el tiempo, todo se olvida o se hace costumbre: en el barrio se olvidaron de La Casera, de los camiones que la custodiaban cuando llegó, de las personas que aparecían con periódico en la mano preguntando por la dirección de La Casera. Pasaron los días y a los bares, los casinos, las castas llegaron a trabajar muchos que buscaban una familia transitoria de extraños, y terminaron alquilando una habitación en una casa de La Casera; compartiendo las noches con los inquilinos inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga.

## **Calle I**

Son las seis de la mañana y Calle despertó. Ella despertó con un ojo morado o rojo, el color no se define. Revuelve los desordenados recuerdos en la memoria y no logra construir una historia para definir el color de su ojo, para explicar los dolores que le aquejan el cuerpo; mientras bajo las mantas de la cama se quita con dificultad los zapatos y el traje de ayer.

Calle no sabe si duerme o sueña, abre los ojos y se mira en el espejo que tiene sobre la mesa de noche al lado de la cama, cierra de nuevo los ojos, y unos minutos más tarde repite la acción; recorre con su mirada una y otra vez las paredes blancas y desvestidas de la habitación como tratando de encontrar una respuesta al color del ojo, al dolor en el cuerpo y al tacón roto que acaba de descubrir, y también parece buscar a alguien oculto tras las cortinas o en el closet. Calle se revuelve en la cama e insiste en organizar sus recuerdos, a esta hora ella nunca sabe si duerme o sueña. Así se le pasan las primeras horas de la mañana, como no logra recordar nada, ni encontrar a nadie se tapa con las mantas de la cama como tratando de retornar a la noche anterior, a la noche en la que perdió los recuerdos en un vaso de licor.



Calle llegó a esta ciudad hace varios años con dos maletas: una maleta de sueños y otra con los pocos vestidos que su madre le había cosido; en aquella época era muy joven, y para su desgracia, demasiado bella e inexperta en los juegos y artimañas que a todas las personas enseña la vida. Venía de uno de los tantos pueblos que se esconden tras las montañas de esta ciudad, de uno de esos pueblos donde los sueños se esfuman y se mueren con el paso de los años, huyó para evitar que a sus sueños se los tragara el río que bañaba el pueblo; llegó a la gran ciudad, a la ciudad con la que siempre soñó desde niña, llegó a la ciudad a conquistar sus sueños y sonreía cuando iba por las calle porque la ciudad era mejor de lo que imaginaba, mejor de lo que había visto por televisión.

Cualquier tarde cuando Calle caminaba por las calles de la ciudad conquistando los sueños, que cargó celosamente en la maleta desde el pueblo a la añorada ciudad, cualquier tarde cuando ella le sonreía a los árboles y a los edificios sus ojos negros y su mirada inquieta se cruzaron con la mirada gris de un casanova, de esos que describen las canciones de la radio o las telenovelas de televisión. Un tropiezo en el pavimento sirvió de excusa al azar para que el caballero de sonrisa embrujadora, canas brillantes y palabras precisas hiciera parte del paisaje al que Calle le sonreía. Los dados ya estaban jugados. Es como cuando se sale se sale a calle puede suceder: perder el bolso, recibir y cualquier cosa puede suceder: un tiro, desmayarse en la mitad de la calle y morir atropellado por un bus, encontrar una fortuna en la acera, perder la memoria, huir del trabajo, encontrar como Calle, un caballero de palabras precisas, sonrisa embrujadora y asesino de sueños.

## **Calle II**

Calle dejó que el caballero de la sonrisa embrujadora comprara sus sueños, su mirada inquieta, sus muslos firmes, su sonrisa y el paisaje al cual le sonreía. No recuerda con exactitud cuándo subastó sus maletas: la de sueños y la de trajes de colores tejidos por su madre; Calle pasa las horas frente al espejo o caminando

por la calle en busca de los tesoros que subastó; ella ha olvidado dónde quedó la maleta de sueños; y para olvidar que ha olvidado todos los días ahoga los recuerdos en un vaso de licor.

Después de que el azar cruzo la mirada inquieta de Calle y la mirada gris del caballero de las canas brillantes, tomaron un café al lado de la avenida del centro de la ciudad; el paisaje: los peatones ocupados, los edificios de la Administración Municipal, el parque de los gigantes de cemento, los pitos de los carros, el bullicio de la calle. Otra tarde, otro encuentro, otro paisaje y así entre paisajes y encuentros, entre cafés y bares, entre restaurantes y parques, entre hoteles y moteles, Calle subastó los tesoros que traía en una de sus maletas y regaló los vestidos que traía en la otra.

Otra tarde cualquiera, Calle se miró en el espejo, notó que ya no le sonreía al paisaje, que sus trajes ya no eran de colores, que su mirada era tan gris como la del caballero con el que no sabía, exactamente, desde cuándo compartía cada día la mesa, cada noche las sábanas y cada amanecer la piel; Calle se miró en el espejo, vio correr sus sueños muertos en el cristal, los años habían pasado; ahora tenía trajes finos, amigos ficticios y un cartón profesional archivado en una carpeta. Calle se miró en el espejo y vio que a sus sueños no se los había tragado el río del pueblo sino el pavimento de la ciudad. Calle lloró, lloró largamente, ya desde hacía largos años había aprendido a mezclar las lágrimas con licor; lloró e hizo un coctel de lágrimas y vodka, lloró y abrió la ventana del octavo piso del apartamento donde vivía ahora y cuando se disponía a volar la mano fría firme del caballero, que antes tenía una sonrisa embrujadora, le cortó las alas.

La misma tarde que Calle aprendió a mezclar el llanto con licor, también aprendió que para lavar el olor a casanova de la piel, el olor a sueño subastados el mejor antídoto es ir a cualquier bar a asesinar los recuerdos en un vaso de licor, luego conocer a un desconocido y huir con él a cualquier lugar: un motel, la silla trasera de un carro, el baño de un bar, una calle desolada, un parque peligroso y

desgarrarse los trajes, intercambiar saliva, mordiscos y piel bajo las uñas; dejar en un cuerpo ajeno y en cualquier lugar los días que se tiene que vivir, los que no se logran recordar y los que se desean olvidar.

Una de esas tarde, cualquier tarde de tantas, Calle se cansó de no poder volar desde el octavo piso del apartamento donde, por algunos años, había logrado ocultarse de sus sueños subastados; pero ya no sólo se lo impedía la mano firme y fría del caballero de las canas brillantes; ahora ella tenía miedo de lanzarse y estallar en medio del paisaje de edificios altos, hileras de ventanas, luces a lo lejos, pequeños buses, diminutos peatones y sonido ensordecedor; esa tarde, Calle se cansó del caballero de la mirada gris, del octavo piso, de los trajes finos y los amigos ficticios; se cansó y se fue con una maleta vacía en cada mano.

Caminó desde la ventana del octavo piso del apartamento hasta una de las estaciones del tren; en su recorrido dejó atrás la estación de policía, la avenida de las universidades, el riachuelo de aguas muertas que quieren convertir en avenida, los buses que encontraba a su paso, los rostros de quienes se cruzaba, los semáforos en rojo; Calle caminó con una botella de licor barato en el bolso y se la tomó a largos sorbos antes de llegar a la avenida del puente en busca de otra. Una pausa, otra botella y caminar, continuó caminando hasta el sonido de una música popular, que le recordó a su padre muerto, la sacó de sus recuerdos en blanco; el paisaje: mesas y sillas rojas, luz tenue en el fondo del salón, mujeres de trajes brillantes y labios rojos atendiendo el lugar, hombres ebrios en las mesas. Ahí calle preparó su coctel lágrimas con licor y cuando despertó, un desconocido desnudo dormía a su lado.

**Calle III**

Ella llegó una tarde al barrio que parece una frontera con el periódico en la mano preguntando por La Casera, mientras la esperaba se tomó un par de cervezas frías en un billar que alguien pagó; ella salió al encuentro de La Casera, alquiló una habitación en la casa de la baldosas rotas y desde entonces duerme en una habitación de paredes desvestidas, closet improvisado donde guarda los pocos trajes baratos que tiene para ir al trabajo, al lado de la cama tiene una mesa donde siempre hay un espejo para revisar cuando despierta su rostro en el cristal.

Amanece, y hoy como muchas veces, Calle tiene un ojo morado o azul, y no recuerda que pasó ayer. Ya el espejo no le dice nada, ya no es la princesa ingenua de un cuento de hadas que vivía en un pueblo tras las montañas. Calle, como siempre trata de organizar los recuerdos para explicar el color de su ojo, pero el espejo no le dice nada; entonces fabula: un amante desconocido en medio del sexo salvaje, un amante habitual tratando de salir de la rutina, una prostituta encolerizada porque le robaba los clientes, el hombre de la mirada gris y las canas brillantes que quería llevarla nuevamente al octavo piso de un edificio, una caída en la calle, una pelea, un intento de suicidio; Calle pasaba horas buscando teorías, pero siempre llegaba a la misma conclusión, le dolía la cabeza y tenía sueño.

A esta hora cuando ya es imposible huir del sol que se filtra por la ventana Calle, como siempre, no quiere ir a trabajar, preferiría quedarse y regar las matas muertas de la sala; pero se da un baño, busca un taje limpio y se maquilla con cautela el ojo morado o azul, maquilla todo su rostro, se aplica un perfume fuerte que se mezcla con el olor a anís de su piel, saca del bolso dos mentas y se va a una oficina pública a asesinar el dolor de cabeza frente a un computador, no habla con nadie y cuenta las horas para huir del deber e irse a la calle a mezclar lágrimas con licor.

Calle siempre va por la calle mirando el paisaje, ya no le sonrío, pero siempre camina y para olvidar que ha olvidado, todos los días ahoga los recuerdos en un vaso de licor.

**Ritornelo clásico: un canto para retornar al pasado**

*“Ora organiza alrededor del punto una ”andadura” (más que una forma) tranquila y estable: el agujero negro ha devenido una casa”*

Gilles Deleuze y Félix Guattari. Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.

### **Los inquilinos IV**

Me gusta ver a los inquilinos cuando llegan con un periódico en la mano y la incertidumbre dibujada en el rostro en busca de La Casera; me gusta mirar como cierran el negocio, siempre son las mismas palabras. Ella les entrega las llaves de la casa y la de la pieza; también les advierte que cambien el candado de la habitación y aseguren un lugar cocina para el mercado; finalmente, a todos advierte que su única preocupación es la puntualidad con el dinero del arriendo porque de no ser así, asegura, les tira todas las cosas a la calle como ya lo ha hecho con muchos inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga.

El nuevo inquilino desconocido, solitario, misterioso y mala paga se queda mirando a La casera unos minutos, consulta su memoria y recuerda que no tiene adónde ir; ni tampoco más dinero, así que cambia los billetes por las llaves y decide quedarse por un mes en la casa que se come la mugre y la soledad, y casi siempre ese mes son muchos meses.

Sí, me gusta esta casa con su olor a grasa pegado en el aire y la basura acumulada detrás de la nevera, me gusta ese paso rutinario del tiempo que día tras día repite las escenas de los habitantes solitarios, a veces ruidosos otros silenciosos. Pasan los días y ellos siguen ahí acumulando mugre tras las paredes de esta casa que es de todos y de ninguno. Algunos, cansados de los platos rotos, del comedor sin mesa, de las matas muertas y las ventanas sin cortinas, huyen, salen a la calle con una maleta en la mano, a veces regresan, mientras que en otras ocasiones el pavimento los devora.

### **La Casera III**

Desde que La Casera empezó en el barrio el negocio de alquilar habitaciones a inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga, siempre se le ve por

las calles del barrio, que parece una frontera, a cualquier hora del día o de la noche; camina de una casa a otra; pues aparte de la casa de esquina, de la casa de las baldosas rotas y el mueble de flores mugrosas, La Casera tiene otras dos casas ocupadas en el barrio; y se pasa los noches y los días recorriéndolas, buscando a los inquilinos mala paga para tirarlos a la calle, a los ruidosos para echarles la policía, a los desordenados para botarles las cosas, a los fumadores para decirles que se van a morir de cáncer, a los alcohólicos para gritarles y rómpeles la cabeza con una botella de cerveza, a los que hablan por teléfono para que cuelguen y den plata para pagar la factura porque las monedas de cien pesos que le saca al teléfono no alcanzan para pagar la cuenta.

La Casera camina como un guardia de seguridad a cualquier hora del día o de la noche, le da ronda a las tres casas habitadas por inquilinos solitarios, misteriosos, desconocidos y mala paga que un día entraron un anuncio del periódico que decía lo siguiente: “Alquilo pieza en el sector que parece una frontera. Servicios incluidos y llave de la casa. Llamar al 278 06 14. La Casera”.

## **El Correcaminos I**

Todos los días cuando dicen que es hora pico pasa por el puente El Correcaminos. Siempre que me paro en las lámparas de este puente a ver como al sol se lo tragan las montañas del occidente, lo veo pasar manejando un carro con cara de vaca, a decir verdad no sé si es él o el carro el que tiene cara de vaca. El Correcaminos viene de la carretera y va para la casa de la esquina en el barrio que se ve como una frontera.

A veces me lo encuentro por ahí: en un pueblo, en una calle, en una esquina, en una tienda, en la carretera; a veces va solo, otras con una rubia de piernas largas o con una morena voluptuosa, o con un amigo desempleado, o con una botella de ron, o con un guayabo insoportable, y siempre con los recuerdos al hombro, con la mirada perdida en la carretera.

El Correcaminos reparte quesitos, leche, yogurt, kumis y todo lo que huele o sabe a vaca; debe de ser por eso que él y el carro tienen cara de vaca; también reparte besos, abrazos, licor y dinero; y desde que llegó a esta ciudad compra caricias, compañía y sexo. Ya lleva dos años, siete meses y catorce días por aquí y él no lo olvida, porque como prisionero que se siente de las calles de esta ciudad, de la carretera y del carro con cara de vaca, guarda con recelo los calendarios de los días que se han ido desde que llegó aquí, ese mismo día en que compró un periódico y el azar y el cansancio lo llevaron a la casa de La Casera; El Correcaminos se niega a dejar de coleccionar los calendarios de chicas desnudas y días tachado por temor a traicionar los recuerdos, por temor a olvidar el camino del retorno.

Hace dos años, siete meses y catorce días apareció en el barrio, se bajó de un taxi con una maleta en la espalda, un periódico en la mano y con cara de guayabo; sin saludar, ni mirar a nadie perdió en la tienda una cerveza en lata y se alejó caminando hacia la casa de la puerta blanca en la esquina del barrio.

Ese día esto por aquí parecía una frontera después de un enfrentamiento entre sus vecinos: había poca gente en la calle, no había música en los bares, ni comensales en los restaurantes, ni apostadores frente a las máquinas tragamonedas; la policía no había aparecido en todo el día en sus ruidosas motos, la basura y el polvo eran arrastrados caprichosamente por el viento, detrás de las cortinas algunos murmuraban al ver pasar al forastero y en la tienda se preguntaron en voz baja quién era.

Caminó dos cuadras arrastrando los zapatos, la lata de cerveza fue a dar a un rincón de la calle, cuando iba a tocar el timbre La Casera le habló a la espalda y ambos dieron un grito y un salto de terror; hicieron el negocio sin vacilación alguna: él le entregó los billetes, ella las llaves y le indicó cual era la habitación. Cuando se ubicó en la nueva casa sin cortinas y sin conocidos salió en busca de los sitios que necesitaba para no olvidar los recuerdos y comprar el presente;



descubrió el bar donde puede comprar besos y compañía mientras se emborracha tomando ron y escuchando los vallenatos que le recuerdan el mar de su tierra, ahora lejana; también encontró un restaurante en el centro donde el olor a pescado y coco le recuerdan el almuerzo y la hora de la siesta frente al mar; una tarde mientras caminaba a ningún lado se dejó atrapar por las palmeras artificiales de un centro comercial; desde ese día cada que extraña la playa se va al centro comercial, se sienta en el pequeño bar artificial del Caribe y se embriaga mirando las postales de la decoración; cuando se cansa de no escuchar el mar sino el ruido de la calle, de no sentir la brisa de la playa sino el aire acondicionado se para, paga y se va de mal genio.

Una tarde mientras deambulaba por las calles en busca de un empleo se encontró un parque, era lo más cercano a su ciudad que había visto desde el día en que llegó con un guayabo insoportable a este lugar, tan lejano del mar: la música, el tono de la voz y el color de la piel de quienes estaban en el lugar lo transportaron a las tardes en los kioscos frente al mar después de una jornada de trabajo; sin nada que decidir se acercó, pidió cerveza y la alegría de quienes allí estaban, su olor y su sonrisa lo hicieron sentir en casa por primera vez. Esa tarde El Correcaminos se emborrachó, lloró y consiguió empleo manejando un carro con cara de vaca; desde ese día él también tiene cara de vaca.

## **El Correcaminos II**

Muchas veces cuando ha terminado de trabajar o cuando no quiere seguir haciéndolo, El Correcaminos abandona el carro con cara de vaca en cualquier parqueadero y se va al bar del sótano en el centro de la ciudad, allí hace varios meses encontró a una mujer de cabello desordenado y cuerpo escultural que se balanceaba desnuda en una barra al ritmo de la música, las luces y el sexo hambriento de quienes hipnotizados la miraban, esa imagen fue como una quimera que lo retornó al pasado.

Le pareció reconocer en los movimientos sensuales, el cabello ensortijado y revuelto, la mirada seductora y la piel canela de La Correcaminos que hasta hace dos años, siete meses y catorce días era la acompañante de sus recorridos, cuando ni el carro ni él tenían cara de vaca. Ella se quedó al lado del mar, él se fue a desafiar el azar, y el azar para demostrar su poderío lo hizo prisionero de una casa habitada por inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga, y como él, cómplices y prisioneros del azar.

Desde la noche que encontró a la mujer del cabello desordenado balanceándose en la barra de un bar al ritmo de la música y las luces, cada vez que extraña el cuerpo escultural y la piel canela de La Correcaminos, que se quedó al lado del mar, llega a este lugar a comprar el pasado para no olvidar los recuerdos. Mientras la noche muere y ella vende caricias y besos, El Correcaminos se embriaga de noche, pasión, celos, humo y licor; espera que las luces del lugar se enciendan, que ella cobre por el placer y los besos vendidos, que se despida, y al final del ritual, lo salude dándole un mordisco en los labios o una caricia en la entrepierna.

Salen, caminan un rato por las calles del centro de la ciudad, desérticas a esa madrugada, el silencio y el humo de los cigarrillos son los únicos espectadores de los recorridos que hacen; después de dar varias vueltas por las calles y dejar muchas colillas a su paso, La Extraña, que ya no lo es tanto, la mujer de los movimientos sensuales y el cabello desordenado, irá a parar al cuarto de El Correcaminos, al colchón doble tirado en el piso donde las botellas vacías de ron hablan de las noches de insomnio que pasa él recordando los días junto al mar.

Esas botellas hablan del pasado, de La Correcaminos de piel canela, cabello ensortijado y cuerpo escultural, de esa compañía incomparable y cómplice que no ha podido encontrar en ninguna morena, rubia o pelirroja; esas botellas vacías hablan de los recuerdos, de las tardes en la arena esperando a que el sol se lo tragara el mar. Esas botellas hablan de la soledad, de los planes frustrados para retornar al mar.

Ahí va el Correcaminos en el carro con cara de vaca, hoy no va para el centro a comprar los recuerdos para no olvidar el pasado, va para la casa. Los vallenatos que se escuchan en la radio del carro se confunden con los pitos y el sonido de los aceleradores, que cuando dicen que es hora pico, entonan una sinfonía ensordecedora y caótica que nada tiene que ver con el sonido de las olas contra las rocas que ya empieza a disolverse de su memoria.

Después de la guerra personal con la hora pico llega a la casa de la esquina en el barrio, que particularmente se ve como una frontera luego de una batalla. Está de mal genio. O no, mejor está muy aburrido. Abandona el carro con cara de vaca y se va a una tienda del barrio, compra la cena de siempre: gaseosa, pan, salchichón, limón y cerveza. El Correcaminos es silencioso. Habla poco, toma mucha cerveza para no olvidar el clima y el sabor de su tierra junto al mar, también juega cartas hasta tarde para no perder la costumbre y después de mucho ron se va a al colchón tirado en el piso a soñar con medusas y arena. Luego de dormir mal y no encontrar los sueños que deseaba, se levanta muy temprano y sale con un guayabo insoportable, con los recuerdos al hombro, con cara de vaca. El Correcaminos se va a la carretera en el carro, también, con cara de vaca.

### **El barrio III**

Me gustan los días en este barrio, los mecánicos que miran a las pocas chicas que por casualidad cruzan por las calles de este lugar y las hacen sonrojar, los ladrones que llegan desde la avenida a vender el botín que acaban de conseguir; me gustan las chicas del billar y las del bar que sonrían cuando pasan y siempre le dicen a los hombres del lugar que en la tardecita los esperan para tomar cerveza y bailar un ratico; me gusta el olor del restaurante y la señora que lo atiende porque tiene cara de mamá. Me gustan los distraídos que pasan por aquí y se sientan a tomar una cerveza en cualquier lugar.

Por aquí como por todas las fronteras las personas hacen una estación y, luego, siguen de largo; pasan vendedores de mangos en bicicleta, hombres en carros lujosos buscando un repuesto robado, mujeres temerosas al volante, policías buscando la “liga” para no cerrar la frontera, perdidos buscando una dirección, taxistas dando vueltas, comisionistas tratando de vender o comprar la frontera porque piensan derribarla para hacer edificios, jubilados en busca de un bar para apostar su pensión con una máquina tragamonedas, desempleados buscando trabajo, vendedores de jugos, tinto periódicos y loterías.

Me gustan las noches aquí cuando los mecánicos, los vendedores, las cocineras, los meseros se cambian nuevamente de traje y se alejan por las calles rumbo a la avenida o la estación del tren con el cansancio dibujado en el rostro o con un par de cervezas en la cabeza que los hacen tambalear; me gusta cuando los policías, los taxistas y los vendedores dejan de dar vueltas por las calles. Me gusta escuchar como el silencio se toma la frontera de nuevo y ver como los habitantes de las pocas casas de este lugar retornan con el día a cuestas.

Me gusta este barrio, porque como todas las fronteras, es el hogar de quienes lo habitan: los que trabajan aquí en los talleres, los bares, los restaurantes o vendiendo cualquier cosa en las esquinas llegan con el amanecer y colman sus calles de ruido, estos huyen con el sol; y por otra parte, los pocos que ocupan las casas de este barrio huyen con el amanecer, se van de cacería a las calles de la ciudad, a trabajar en los bares, en los restaurantes, en los talleres, en las oficinas, en las calles o a cualquier lugar lejos de aquí; éstos retornan con la noche a custodiar las desoladas calles del barrio; pero, todos saben que como en las fronteras este lugar es de todos y de ninguno.

## **La Casera IV**

Es más de media noche y La Casera va rumbo a la casa de la esquina, la esquina de siempre, en el barrio que se parece a la frontera. Ahí va con cara de pocos amigos, habla sola, camina rápido y se cierra el saco café de botones que siempre lleva puesto. Hoy realmente está enojada.

La Casera entra a la casa y grita que hay reunión, pero con el eco de su voz el ruido, la música, las risas, las palabras, el humo de los cigarrillos, el que estaba hablando por teléfono, los que estaban en la cocina, los inquilinos mataban tiempo en la sala sin cortinas, todos, hasta las cucarachas, desaparecieron. La casa parece estar habitada por fantasmas. La Casera se da una vuelta por la casa, toca las puertas, murmura palabras indescifrables mientras inspecciona cada rincón de la casa; en su recorrido entra a la cocina, saca los platos sucios del lavaplatos y los tira a la terraza, al gran cementerio de cosas olvidadas que es la terraza de la casa de la esquina en el barrio que se parece a las fronteras.

Luego de deambular un rato por la casa, de botar platos y acumular colillas de cigarrillos con el pie decide irse, pero antes le advierte a los inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga que volverá, que ella sabe que se esconden tras las puertas cerradas de las habitaciones; finalmente sale tirando la puerta que sacude el polvo del piso y desmorona la pintura de la pared.

### **Los inquilinos V**

Con el eco de la puerta: la música, las risas, los de la cocina, los de la sala y hasta las cucarachas salieron de nuevo de su escondite, cada quien retorno a su papel. Desde la cocina algunos subían al gran cementerio de cosas olvidadas de la terraza y regresaban con una cuchara o un plato en la mano, en la sala sin cortinas otros trataban de recordar las cartas de una mano de juego iniciada, en el teléfono alguien trataba de robar una monedas para llamar.

Cada noche los inquilinos, después de regresar de la calle, son una gran familia de extraños de rostros familiares; como todas las familias hablaban poco y buscaban la mejor forma de matar el tiempo en la sala, en la cocina, en la terraza o en el teléfono antes de partir a refugiarse en la soledad de los cuartos donde sus fantasmas los esperaban para hacerles muecas tras las cortinas o tras la puerta.

Otras veces, acosados por esos mismos fantasmas, es preferible encerrarse en la habitación y tener un diálogo abierto con ellos, compartir una partida de ajedrez para que se aburran, tomar unos tragos de más para embriagarlos; simplemente ignorar la familia de extraños de la sala sin cortinas.

### **Penca Sábila I**

Cuando pasa por las calles del barrio los vecinos susurran ahí va la bruja, pero nadie se lo dice mirándola a los ojos porque temen una maldición milenaria, la mala suerte o el mal de ojo; Penca Sábila lleva pocos años en la ciudad y de ella nada se sabe, sólo se dice que es una bruja, y de las que conoce muy bien su oficio.

Apareció una tarde cualquiera de un mes que no recuerdo con una cartera bajo el brazo, una maleta en la mano y una caja llena de matas de hojas verdes y frascos de colores; llegó de la montaña con el miedo dibujado en el rostro, es lo único que se sabe. Se murmura en el barrio que llegó huyendo de la muerte que la andaba buscando por los caminos de un pueblo donde las brujas salen en escobas por las noches a ajustar cuentas con los hombres que las desprecian y con las mujeres que se los roban.

Ella se hizo famosa en el barrio porque desde la misma tarde en que llegó y cerró el negocio con La Casera empezó a plantar matas de las cajas en la terraza; esta labor duro varios días. En la terraza, al lado del cementerio de las cosas olvidadas, armó un huerto de plantas mágicas. Con el empeño de un carpintero construyó materas de madera en las que sembró ruda, violeta, verbena, trébol, romero,

tomillo, ajo y, por supuesto, penca sábila; todas esas hacen parte de su tesoro que con el paso de los meses ha ido creciendo. Ella armó su huerto de plantas mágicas y lo cercó con cruces; en cada esquina de la terraza clavo una cruz que hizo con los palos de escobas que ya no usaba para volar y las amarró con cordones rojos, blancos y violetas.

Pasaron tres lunas llenas y Penca Sábila empezó a recoger los frutos de su huerto de hechicera que ha olvidado volar por los tejados, que ha olvidado volar para atravesar la luna llena en una escoba; después de tres lunas llenas en la primera menguante empezó a recoger las plantas para sus recetas mágicas que pronto colocó a la venta: bebedizos para el cólico, la artritis y la tristeza; amuletos para la buena suerte, atraer el amor y el dinero; menjurjes para bajar de peso, despertar el deseo y revertir la edad; también, empezó a leer el cigarrillo, el café, el chocolate y hasta el vaso de agua; igualmente a ofrecer semillas, jabones y aceites milagrosos. Ella empezó a vender los secretos de bruja que ha olvidado volar.

## **Penca Sábila II**

Antes de la primera cosecha de frutos mágicos de su huerto, Penca Sábila se dedicó a cuatro cosas: esconderse de La Casera para que no la tirara a la calle con su huerto porque no tenía completo lo del mes de arriendo, a inventarle excusas a La Casera cuando no podía huir de ella, leerle el cigarrillo y la mano con la promesa de que llegaría la prosperidad, a leer la taza de café, las cartas o el cigarrillo a cambio de unos pesos para no morir de hambre y a recorrer las calles de la ciudad por dos razones: la primera porque no las conocía y siempre se perdía, y la segunda, porque nunca tenía para el bus, y tampoco sabía dónde eran los paraderos.

De tanto recorrer las calles, una tarde cualquiera terminó en la plaza que huele a tierra, a flores, a frutas, legumbres y plantas mágicas. Esa tarde Penca Sábila se

sintió feliz. Esa tarde ella lloró. Esa noche no regresó a la casa de la esquina a cuidar su huerto de frutos mágicos.

Esa tarde y hasta el amanecer, ella recorrió cada rincón de la plaza, compartió sus secretos de bruja con las mujeres de pañoletas de colores y les ayudó a organizar los frutos mágicos para la venta; consiguió un empleo transitorio organizando legumbres, frutas y flores de varios puntos de venta y a cambio recibió un caldo de gallina criolla recién desplumada y un ramo de violetas para atraer el amor; hasta cambió sus artes adivinatorias por un par de billetes mientras observaba a los hombres de espalda desnuda que bajaban la mercancía de los camiones para repartirla por la plaza. Así la atrapó el amanecer en la plaza que huele a tierra, a flores y frutos mágicos.

De regreso a la casa de las baldosas rotas, Penca Sábila dibujó en su memoria un mapa de las calles y avenidas que debía recorrer para retornar al santuario que el destino, según ella, le había puesto en el camino. En su memoria grabó el nombre de cada calle, el número de semáforos que debía cruzar hasta llegar a la gran avenida recordaba nombre la región donde esperaba su pueblo. Contó las cuadras que caminó sobre la avenida hasta encontrar otra donde se cruzaban y de la cual nunca había mirado el nombre que la asombró porque le recordó la planta de San Juan utilizada para espantar a los demonios, y que cada vez era más difícil de conseguir; al pensar en ello una sonrisa se le escapó de los labios, tal vez en la plaza que huele a tierra, a flores y frutos mágicos la podía encontrar. Caminó, caminó largo rato por la avenida, cruzó el puente del río que divide la ciudad en dos, caminó y sus pasos la guiaron a su huerto de frutos mágicos al lado del cementerio de las cosas olvidadas en la terraza de la casa de la esquina, en este barrio que se parece a las fronteras.

Desde ese día ella guarda celosamente ese mapa en su memoria. Mientras esperaba su primera cosecha de frutos mágicos perdió en su memoria el número de veces que fue a trabajar organizando legumbres, fruta y flores a cambio de un



caldo de gallina criolla recién desplumada y un ramo de violetas para atraer el amor, y negociar sus artes adivinatorias por un par de billetes.

Con la llegada de su primera cosecha de plantas mágica, que no era tan grande como para venderla en la plaza que huele tierra, flores y frutos mágicos, Penca Sábila empezó a preparar sus pócimas mágicas, empezó a vender sus secretos de bruja que ha olvidado volar y siempre visita la plaza para desayunar caldo de gallina criolla recién desplumada, a buscar el ramo de violetas para atraer el amor.

### **Penca Sábila III**

Penca Sábila sabe que cuando pasa por la calles del barrio murmuran que es una bruja de pueblo que ha perdido su magia; y que se le nota en sus tacones desgastados y su perfume barato que nunca adivinó el número de su propia suerte; también murmuran que ninguna de sus pócimas mágicas logró retener un amante por más de dos noches en su cama.

Murmuran muchas cosas y ella lo sabe, pero también sabe que esas mismas voces que hablan bajito cuando la ven pasar, llaman a media noche a la bruja de pueblo venida a menos a pedir una cita clandestina lejos del barrio para comprar, en secreto, la receta mágica que les cambie la vida: un número de lotería para pagar las deudas y abandonar el trabajo, la receta para resolver los problemas familiares, el amuleto para atraer la buena suerte y espantar la envidia, un pócima mágica para salir de los suegros, recuperar el deseo sexual o revertir la edad; una oración para conseguir marido, amante o un buen divorcio; un riego para atraer los clientes a los negocios; ella sabe que todos llaman a buscar algo que les devuelva la esperanza.

Penca Sábila tiene la certeza de la efectividad de los secretos que vende para comprar la felicidad, la belleza, el prestigio y el éxito; tiene la certeza de que las hierbas son milagrosas, confía en que las pócimas y en los amuletos que prepara,

sabe que nadie puede escapar del destino que descifra en la mano, el cigarrillo o la taza de café, y por eso mismo sabe que no todo lo que el destino le muestra de las personas lo puede decir.

Penca Sábila cree en todo lo que le dice a quienes la consultan y, además, tiene propios rituales, por eso cuando transita por las calles de la ciudad huyendo de las escaleras porque es de mala suerte cruzar bajo ellas; nunca mira a los tejados, los rincones o canecas de basura porque ahí hay más probabilidad de encontrar un gato negro y eso sería fatal, jamás recibe nada con la mano izquierda para evitar un maleficio, ni regala sal porque es ruina y si por casualidad olvida levantarse con el pie derecho mejor se queda en la cama por temor a las consecuencias.

Penca Sábila sabe que sus secretos de bruja que ha olvidado volar son acertados y por eso cada noche se queda pensando en fórmulas mágicas, números bonitos, ángeles bondadosos, oraciones milagrosas; antes de ir dormir se baña de pies a cabeza con jabón azul, luego, jabón blanco y, finalmente, jabón de canela para tener sueños bonitos. Sueños donde pueda encontrar el número de su suerte, el novio que le va mandar San Antonio, el remedio a las causas perdidas que le dirá Santa Elena, la escoba en la que recordará como volar para regresar a su pueblo a sembrar frutos mágicos al lado del cementerio donde sus muertos la siguen esperando.

### **Ritornelo cósmico: un canto para dejarlo todo**

*“Ora uno introduce en esa andadura una salida, fuera del agujero negro”.*

Gilles Deleuze y Félix Guattari. Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.

## **El barrio IV**

Se llama esquina, puede ser cualquier esquina de este barrio que se ve como las fronteras cuando el tiempo las olvida; se llama esquina y es escenario de encuentros y desencuentros, de besos robados, regalados y vendidos, sitio para hacer negocios legales e ilegales; escenario casual de ventas, malabares y cantos que alguien escucha; escenario siempre iluminado por los rayos del sol oculto tras las nubes o por la luz mortecina de una lámpara que se niega a morir.

En las esquinas de este barrio siempre hay alguien representando un papel aunque no lo sabe: la extranjera del bar finge buscar una dirección mientras piensa la manera de entrar desapercibida al lugar donde cambiará su traje de ama de casa por uno de lentejuelas y una peluca azul; una mujer hermosa finge descansar en el billar mientras se toma una cerveza y espera que alguno de los apostadores la invite a otra, o si tiene suerte a algo más fuerte; la pareja de amantes simula hablar por teléfono mientras con sus miradas inquietas buscan un motel barato para jugar al amor un rato.

Se llama esquina, y puede ser cualquier esquina de este barrio que huele, se ve y se escucha como las fronteras; se llama esquina, es un escenario y siempre hay alguien representando un papel: ahí llegó el ladrón, viene de la avenida huyendo de las cámaras que lo registran todo en la ciudad, él sabe que a este barrio el progreso olvido entrar así que se para en la esquina a ofrecer con disimulo el botín del día: llega el ejecutivo en un carro último modelo y hace el pare que le sirve de excusa para comprar un repuesto robado; igualmente, el dueño del taller finge orientar al ladrón mientras en voz baja le hace encargos para mañana; ahí está la mujer del restaurante comprando los tomates en la carreta que se estaciona todos los días en la equinas; un hombre viejo canta y finge estar ciego para vivir de la culpa de quienes pasan por la esquina.

En este barrio las esquinas como en todas las fronteras siempre son escenarios;

tabla para el espectáculo de quienes llegan y no se pueden ir porque la frontera los atrapa, de quienes se van y siempre regresan porque la frontera es su lugar, de quienes hacen una estación antes de llegar a un lugar seguro, de quienes siguen de largo porque las fronteras los asusta.

Es una esquina, puede ser cualquier esquina de este barrio y como a todas las esquinas de este lugar, el tiempo los olvidó y el progreso les pasó por un lado.

### **La Casera V**

Como buena administradora, La Casera llegó de sorpresa a la casa de la esquina. Muy despacio y sin hacer ruido hizo girar la llave en la puerta que dejó abierta, sigilosamente y conteniendo la respiración subió las escaleras y capturó a todos los inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga en la sala sin cortinas y la cocina mugrosa; como siempre, saludó con un grito mientras se acomodaba un audífono en la oreja izquierda; es que La Casera es medio sorda o finge serlo porque siempre grita aunque no esté enojada.

Como de costumbre los llamó a todos para la sala a una reunión para ponerle orden a la casa y empezó con el sermón que todos conocían de memoria porque cada que La Casera los capturaba los sentaba y empezaba a dar vueltas por la casa mientras repetía en mismo sermón.

Ella aseguraba que le robaban las monedas del teléfono, siempre prometía que se lo iba llevar y que capturaría al ladrón para mandarlo a dormir a la cárcel; también les repetía que eran unos desordenados y que a ellos y a la casa se la iba a comer la mugre, pero que a ella no le importaba lo que hicieran, que lo único que le daba ira era que le robaran o no le pagaran el arriendo a tiempo; a los fumadores les auguraba que iban a morir de cáncer porque fumaban demasiado y los recriminaba porque asesinaron las matas con las colillas de los cigarrillos, pero siempre les reiteraba que eso no le importaba; a los alcohólicos les vaticinaba una

cirrosis segura y una muerte lenta; finalmente, empezaba a cobrar el arriendo a los inquilinos mala paga que siempre salían con excusa, y en el mejor de los casos con una parte del dinero, ella siempre les daba la misma sentencia: prometía regresar al otro día y lanzarlos a la calle o echarles la policía sino tenían la plata. La Casera nunca regresaba al otro día.

### **La Dama I**

Después de media noche apareció La Dama en busca de La Casera; alquiló un cuarto del que sólo sale cuando huye de la casa. Es silenciosa y siempre lleva trajes raídos por el tiempo. Cada medio día camina de la casa que se está comiendo la mugre hasta el centro de la ciudad, abre un bar que tiene nombre asiático y se sienta en la puerta a custodiarlo; poco antes de que el reloj de la iglesia marque las doce campanadas que anuncian la media noche apaga la música, cierra el bar y retorna sobre sus pasos hasta la casa que se está tragando el abandono Siempre aparece, como la primera vez, por las calles del barrio después de la media noche.

### **La Dama II**

La Dama espera sentada en la puerta del bar, que tiene nombre de país asiático, a que pase aunque sea el fantasma de uno de sus antiguos visitantes para conversar un rato sobre la situación económica del país, los problemas de la familia, las infidelidades de turno; o para tomar una cerveza, fumar un cigarrillo o apostar tres monedas en la maquina tragamonedas; La Dama espera que pase un rostro familiar aunque sea para preguntarle la hora y matar el aburrimiento, y de paso al tiempo.

Cada tarde la imagen de La Dama sentada en la puerta del bar que tiene nombre de país asiático se asemeja más a una fotografía a la cual el paso del tiempo le desdibuja los colores; en el fondo del bar suena la misma música triste de años

atrás; están las mismas máquinas tragamonedas, ahora oxidadas y desoladas; las luces azules y violetas iluminan mesas y las sillas rojas de siempre que parecen pegadas al suelo se confunden con el color del viejo piso.

Todo en este bar parece una fotografía que se reúsa a perder sus colores, el escenario vacío de un teatro a la espera de los actores y el público; es como si el tiempo se hubiera congelado y La Dama hiciera parte de la decoración, ya las flores de su traje se han empezado a caer y se confunden en el piso con las flores muertas que han caído de los floreros.

Adonde La Dama espera congelada ya no llegan los rostros cansados de quienes desean huir del trabajo, de aquellos que no desean llegar a casa; tampoco se dan cita los extraños en busca de aventura y licor, ni los desempleados que dejan sus pocas monedas en una ruidosa máquina tragamonedas; atrás quedaron los días en que las cervezas se agotaban en la vieja nevera tras el mostrador y mujeres jóvenes y desempleadas se paseaban por el lugar en busca de algún jubilado que quisiera gastar sus billetes.

Es como si con la remodelación de la vieja calle y el antiguo parque se hubieran desaparecido los visitantes del bar, es como si la remodelación se los hubiera tragado y luego escupido en otro bar que no tiene nombre de país asiático, ni luces azules, ni sillas rojas, ni música triste; es como si la máquina llamada remodelación hubiera devorado todo alrededor del bar que hoy se ve una isla de un país asiático en medio de las nuevas construcciones.

Y ahí está La Dama, ella custodia el bar y, también, se niega a ser demolida, y mientras tanto se le caen las flores de los vestidos, se le desdibuja la sonrisa del rostro, se le ahoga la voz en la garganta y se le congela el tiempo en la piel.

## **La Casera VI**

Cada que La Casera da un sermón a sus inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga, sale y deambula un rato por la calles del barrio, en realidad ella siempre deambula por ahí hablando.

Los días y las noches de La Casera se resumen en caminar. Caminar a la oficina de avisos clasificados que está en la avenida y publicar “Alquilo pieza en el sector que parece una frontera. Servicios incluidos y llave de la casa. Llamar al 278 06 14. La Casera”. Caminar al encuentro de los inquilinos para mostrarles las habitaciones disponibles, entregarles las llaves y recibirles el dinero. Caminar por las calles del barrio para observar oculta tras las esquinas quien entra y sale de las casas que alquila. Caminar a la cacería de sus inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga para cobrarles el arriendo o para decirles que si no pagan les tirará las cosas a la calle o les echara la policía.

La Casera siempre camina por las calles de este barrio y habla sola mientras lo hace, es como si contara cuantos pasos tiene cada calle, cuantos pasos hay del barrio a la avenida, del barrio a la estación del tren. La Casera siempre va por la calle organizándose el pelo rubio que siempre lleva enmarañado, abotonándose el saco café que nunca se quita o probando el audífono de su oreja izquierda para escuchar mejor a los inquilinos, a los vecinos, el número de pasos que cuenta o el más allá.

Cuando es más de media noche a ella le gusta observar desde la acera a través del polvo de las ventanas sin cortinas lo que hacen sus inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga, le gusta ver como a la casa de la esquina se la come el mugre; también le gusta ver como salen de las habitaciones cuando se ocultan de los sermones que les da y como conjeturan cuando sale de una reunión y los deja a todos silenciosos sentados en los muebles de flores mugrosas, en la escaleras rotas y en el piso cubierto de ceniza de cigarrillos.

La Casera siempre camina y me gusta verla caminar mientras alterna sus manías. Ella sale y entra de casas diferentes a cualquier hora del día o de la noche, es como si hubiera olvidado en cual vive. Lo cierto es cuando llega a la casa que comparte con otro se encierra en la habitación y trata de emborrachar sus fantasmas, pero nunca lo logra porque ella se duerme cansada de caminar, cansada de dar sermones o se emborracha antes que sus fantasmas.

## **Los inquilinos VI**

Cuando el cansancio, la soledad, los tragos de más o la aburrición ganan la batalla los inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga se encierran en sus habitaciones, el últimos en hacerlo apaga las luces de la cocina de alacenas con candados, de la sala sin cortinas y el comedor sin muebles. La casa queda a la merced de las ratas que sigilosas entran desde la alcantarilla, de las cucarachas que empiezan su festín, del mugre que incansable continua su trabajo. Todo es penumbra y cada inquilino en su habitación duerme resignado a su destino, planea la forma de escapar de él o se hace parte de él; todos están en una casa llena de gente, pero atrapados por la soledad y el olvido; atrapados en la penumbra atendiendo a los recuerdos y a los miedos. Atrapados esperando a que el reloj despertador perturbe el silencio anunciando que es hora de tomar un baño para salir de cacería a la ciudad.

Dormir, no hay que hacer. Es la hora en que el silencio transita por las calles: las tiendas del barrio han cerrado las puertas, los mecánicos han dejado sus uniformes tras las puertas, en los bares y los billares la música ha muerto, los fogones en los restaurantes toman fuerza para mañana, en las casas de los vecinos han cerrado las cortinas, los ladrones han vendido los botines, no hay perros en la calle y en este barrio nunca ha habido gatos en los tejado.



No hay nada que hacer. Sólo dormir y de no ser posible tratar de escuchar desde la penumbra de la habitación el rugido de un motor esporádico que llegue desde la avenida, una fiesta a lo lejos o el canto de los fantasmas al oído.

### **Espectador I**

Él trabajaba en una oficina del gobierno frente al parque de los gigantes de cemento, un día no regresó al sexto piso del edificio donde asistía puntual todos los días a cumplir su deber; de camino a cumplir con su deber esa mañana compró un periódico, abrió la sesión de clasificados y se fue a la casa de La Casera, alquiló la pieza más barata que encontró, la llenó con el contenido de unas cajas de cartón que llegó después en un camión de mudanzas y se hizo espectador.

### **Espectador II**

Él se cansó de todo y decidió ser un espectador de los días que hay que vivir. Un día cualquiera se cansó de la familia, de los amigos, del trabajo, de saludar y decidió abandonar a la familia, a los amigos, al trabajo; se cansó y decidió no opinar, no saludar. Se cansó y decidió no hacer nada.

La alegría y la tristeza lo cansaron, entonces se dedicó a contemplar sus muecas en rostros ajenos, en los rostros desconocidos.

Se cansó del amor y sus promesas, entonces decidió asesinarlo; quemar las cartas de amor y desamor, incinerar las historias felices y tristes de los libros, convertir en ceniza las poesías y las canciones de amor.

Se cansó de creer en la patria y sus símbolos, entonces empacó sus ideales en una caja, tomó un asiento y se hizo espectador de la patria y sus símbolos.

Él se cansó de creer en la revolución y tomó su pistola de agua, sus armas de papel e hizo una fogata en el patio del jardín sin flores, y como único espectador, se sentó a mirarla hasta que se extinguió.

Los ladrones y los policías que jugaban a capturarlos lo cansaron, entonces se sentó a mirar como el viejo juego de policías y ladrones que aprendió en su ya lejana niñez. Se cansó de la política y sus discursos, y dejó que los corruptos se tomaran en el poder. Se cansó de creer en la justicia y la igualdad, y la dejó en manos de los políticos, los policías y los ladrones.

Se cansó de los noticieros y sus malas noticias, entonces echo sus periódicos, sus revistas, su radio, el televisor, el computador, todo a la caneca de la basura y se sentó a esperar para ver quien se los llevaba. Se cansó de hacer planes, de creer en el futuro y decidió ser un espectador de los días que hay que vivir.

Ahí está el espectador de los días que hay que vivir esperando que todos guarden silencio: que se cansen de actuar, de creer, opinar, de decidir, de saludar y se vuelvan espectadores de todo lo que llega y siempre se va.

Él se cansó de todo y decidió ser un espectador de los días que hay que vivir. Tomó una silla se sentó en una calle cualquiera, se hizo silla y luego estatua, el sol brillo sobre su piel de cobre y la lluvia bañó el polvo de los días que hay que vivir.

## **El barrio V**

Parece que el progreso ha decido entrar al barrio que se ve como una frontera. Todo empieza a derrumbarse. La casa de La Casera caerá sola, a las historias y ya los habitantes de este el lugar amenaza con tragárselos el progreso.

Es un barrio que parece una frontera, es un barrio de esta ciudad, pero bien podría estar en cualquier ciudad. En cualquiera de las tantas ciudades que se traga a sus ocupados habitantes y que los ensordece con su banda sonora; un barrio invisible

de una ciudad cualquiera, de una ciudad enorme escenario de todos, y al tiempo, escenario de la ciudad diminuta que cada quien lleva a cuestas.

A esa ciudad diminuta que cada quien lleva a cuestas en este barrio que parece una frontera amenaza con tragárselo el progreso y hacer una digestión con él y sus habitantes, una digestión que transforme la viejas casas en edificios de treinta pisos con asesor y todo, a los talleres, los bares, los billares y los restaurantes en grandiosos centros comerciales de clima perfecto, a las calles agrietadas en grandes avenidas custodiadas por cámaras y semáforos; y a los habitantes de este lugar planea escupirlos en otro lugar.

Parece que el progreso ha decidido entrar al barrio que se ve como una frontera. Todo empieza a derrumbarse. La casa de La Casera caerá sola, a las historias y a los habitantes de este el lugar amenaza con tragárselos el progreso. Todos tendrán que ir a otra parte con sus historias empacadas en cajas de cartón, maletas viejas y bolsas de colores; el progreso amenaza con convertirlos a todos en inquilinos desconocidos, solitarios, misteriosos y mala paga.

## PROPUESTA DE CREACIÓN LITERARIA PARA SEDUCA

### 1. Nombre

Laboratorio de creación literaria

### 2. Justificación

La literatura es una manifestación artística a través de la cual se da cuenta de la ficción y/o la realidad de la historia, la tradición y las vivencias de los pueblos; en esta medida, *El Plan Departamental de Literatura 2014- 2020, Antioquia se escribe desde sus diversas voces*, promueve diferentes estrategias para recuperar la memoria y la tradición antioqueña, dar cuenta de su actualidad, promover la creación artística en diferentes escenarios del departamento y estimular la creatividad y el talento.

Por lo tanto, en *El Plan Departamental de Literatura 2014- 2020, Antioquia se escribe desde sus diversas voces*, se plantean siete líneas de estrategia para promover las diversas manifestaciones literarias en Antioquia, una de ellas es la línea estratégica tres: Creación y producción literaria desde la diversidad regional y cuyo fin es *“mejorar los programas de estímulos a la creación literaria existentes en el departamento de Antioquia, en especial los ejecutados por el Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia; e incorporar criterios que ofrezcan más oportunidades a los creadores de los municipios.”* (Antioquia, 2014: 43).

En este contexto, es pertinente promover espacios para creación literaria. De ahí la necesidad de construir el *Laboratorio de Creación Literaria* en el municipio de Guarne, con el fin de proponer metodologías y didácticas creativas que permitan a los jóvenes del municipio pertenecientes a las instituciones educativas acceder a la formación en creación y producción literaria; desde esta óptica, la propuesta es

un espacio de puertas abiertas para todos aquellos que se inquietan por la literatura y que ven en ella una forma de expresión artística y cultural.

Propuestas como estas cada vez se hacen más pertinentes en las regiones y municipios del departamento, ya que es necesario narrar la historia de quienes ocupan hoy los espacios públicos y privados; igualmente, hay que dar cuenta de la tradición y la cultura de cada municipio y de esos elementos que constituye su valor histórico; además, es evidente que agentes como la industrialización y el turismo tienen una alta influencia en el municipio, que lo han transformado no sólo en su construcción física, sino también en la formas de encuentro entre los ciudadanos y el entorno.

Si bien es cierto, que de las situaciones planteadas anteriormente se da cuenta a través de documentos históricos y medios de comunicación, también lo es que la literatura presenta, desde otra mirada, la realidad social de los pueblos; por lo tanto, es labor del artista contar esa realidad a partir de otros lenguajes, en este caso desde diversas manifestaciones literarias.

### **3. Objetivos**

#### **Objetivo general**

- ✓ Desarrollar el *Laboratorio de Creación Literaria* en el municipio de Guarne como espacio educativo para la formación en creación y producción literaria dirigido a los estudiantes pertenecientes a las instituciones educativas del municipio de Guarne, con el fin de reconocer la diversidad cultural de la región y su memoria desde la narrativa y la producción literaria.

#### **Objetivos específicos**

- ✓ Formar a los jóvenes que se vinculen al proyecto en metodologías de investigación para la creación literaria.
- ✓ Promover espacios no convencionales para la lectura como parte de formación para el creador literario.

- ✓ Rescatar la memoria y la tradición a partir de la investigación y la creación literaria.
- ✓ Promover la creación literaria a partir de diferentes contextos y de temáticas cotidianas.
- ✓ Dar cuenta de la transformación que se suscita en los espacios públicos y privados a causa de la urbanización e intervención de quienes lo habitan.
- ✓ Dar a conocer las propuestas literarias desarrolladas en el *Laboratorio de Creación Literaria* a la comunidad como posibilidad de encuentros y socialización de experiencias con la comunidad.

#### **4. Metodología**

##### **4.1 Espacio y convocatoria**

El Laboratorio de Literaria del Municipio de Guarne, es una propuesta académica, artística y cultural que se inscribe en la estrategia número tres: creación y producción literaria desde la diversidad regional, de *El Plan Departamental de Literatura 2014- 2020, Antioquia se escribe desde sus diversas voces*; en este contexto, el objetivo final es abrir el *Laboratorio de Creación Literaria* del municipio; aunque hago parte de la planta académica de la Institución Educativa Santo Tomás de Aquino, el objetivo del proyecto es vincular estudiantes de la zona rural y urbana de Guarne.

En primer lugar, se requiere gestionar ante la Secretaria de Educación y Cultura de Guarne un espacio en el *Parque Educativo Élide del conocimiento*, teniendo en cuenta que este espacio puede concebirse como escenario de creación y producción literaria, fortaleciendo, además, los procesos académicos, culturales y artísticos de la comunidad, principalmente, de aquellos vinculados con el sector educativo.

En segundo lugar, es necesario hacer una convocatoria a los estudiantes matriculados en las instituciones educativas del municipio en los niveles de básica

secundaria y media para conformar los grupos de estudio y creación literaria; dicha divulgación se realizará a través de los rectores o coordinadores académicos de cada institución; igualmente, a través de medios de comunicación municipales como la Emisora Guarne Stereo, el periódico El Comunero y la revista Porta Voz, la cual cuenta con una sección dedicada a la literatura.

Una vez definido el lugar de ubicación del Laboratorio, además de la respectiva convocatoria pública dirigida a la población que se integraría al proyecto, se continua con la adecuación del espacio que incluye decoración, computadores, cámaras, televisor, sonido, cables de conexión, tablero, acceso a internet, disponibilidad de libros, prensa, silletería, material de papelería.

Finalmente, después de contar con el espacio adecuado y la convocatoria pública, se procede con la apertura del *Laboratorio de Literatura del Municipio de Guarne* en un evento público en el cual se expone el proyecto, se presentan algunas experiencias significativas relacionadas con la creación literaria y se conforman a los grupos para iniciar el trabajo en el Laboratorio.

#### **4.2 Funcionamiento del Laboratorio de Creación Literaria**

Para empezar el trabajo creativo y académico en el *Laboratorio de Creación Literaria del municipio de Guarne*, es necesario iniciar por un acercamiento al territorio, a lo local como fuente inagotable de historias que deben ser narradas para dar cuenta de la historia, la cultura y la tradición del municipio.

En este contexto, el territorio se asume no como una colección de calles, parques, iglesias, cafés, edificios, nombres; sino como un sitio de encuentro que se transforma y se hace territorio en la medida que cada ciudadano lo ocupa y lo hace suyo, lo marca con unas costumbres y unos usos, establecen lazos entre el territorio y lo que en él ocurre.

Igualmente, se requiere entender la relación ciudadano – territorio como mutable, fuente de continua transformación que genera unas historias que pueden ser narradas, ya que el territorio es un campo de afecciones en constante transformación porque nunca se suscitan las mismas situaciones o relaciones así esté ocupado por los mismos habitantes, y a esto se le suma que siempre está abierto a nuevos encuentros.

Para dar cuenta de lo anterior es necesario recorrer el territorio, pero en la caminata descuida y rutinaria de quien se desplaza de un lugar a otro, sino desde la mirada del artista que lo asume como fuente de creación y para ello aguza cada uno de los sentidos con el fin de identificar los personajes, los puntos encuentro, los olores, colores, sabores y sonidos que hace, de esos espacios comunes y desapercibidos para la mayoría, un fuente a partir de la cual es posible crear un propuesta artística.

Por otra parte, el acercamiento al territorio también busca rescatar la historia, la tradición y la cultura del municipio para primero reconstruir la memoria del municipio y segundo, contar con material de investigación y consulta para que el artista, en este caso el escritor, cuente con una fuente adicional de consulta y afección para enriquecer el panorama literario.

Simultáneamente, al trabajo de campo descrito se le suma un trabajo académico de consulta y lectura sobre referentes epistémicos, literarios y periodísticos, relacionados con las inquietudes que cada uno de los integrantes del *Laboratorio de Literatura* encuentre en su recorrido y acercamiento personal al territorio. Este componente del trabajo de creación literaria es el que busca promover la investigación y la lectura en espacios no convencionales, ya que quien escribe necesariamente debe acercarse a la lectura, no para copiar estilos sino para enriquecer el panorama literario y multiplicar el universo de posibilidades para la creación.



De ese recorrido por el territorio quedan unos personajes, unos lugares y unas historias de las cuales es preciso dar cuenta a través de narraciones, poemas, notas, descripciones y fotografías que luego servirán de insumo para la propuesta final de creación literaria; igualmente, del recorrido por la investigación y la lectura queda un referente bibliográfico que le brinda un respaldo académico a la propuesta creativa final.

En este contexto, lograr una propuesta literaria requiere el recorrido por el territorio, el contacto con el otro, la lectura, la investigación, el registro, la exposición de metodologías propias de la creación literaria que son la base de esta actividad y que son la base del trabajo académico y artístico del *Laboratorio de Creación Literaria de Guarne*.

Finalmente, es función del *Laboratorio de Creación Literaria* promover la divulgación de las propuestas literarias que desarrolla; para lograrlo es necesario convocar a eventos públicos para hacerlo y a la difusión a través de los medios de comunicaciones locales y plataformas virtuales.

## **5. Beneficiarios**

La propuesta está dirigida a los estudiantes de la básica secundaria y media matriculados en las instituciones educativas públicas del municipio de Guarne que tengan una inquietud personal por la literatura y la creación literaria, ya que esta motivación es la base del éxito del laboratorio de Creación Literaria. Igualmente, a aquellos estudiantes interesados en investigar y recopilar todas las manifestaciones literarias que dan cuenta de la tradición y la cultura del municipio, para evitar que estas se pierdan y construir un registro histórico de ellas.

## **6. Difusión**

Para empezar es necesario contar con el apoyo de los directivos de las instituciones educativas para dar a conocer el proyecto a los docentes de lengua castellana y a través de ellos darlo a conocer a los estudiantes; igualmente, es necesario establecer alianzas con la Secretaria de Educación y Cultura para que apoye la difusión del espacio en las instituciones educativas y en los medios de comunicación del municipio.

Igualmente, se requiere diseñar un plan de comunicación sencillo, pero efectivo que dé a conocer el *Laboratorio de Creación Literaria*; este incluye diseño de plegables y afiches con información básica, visita a las instituciones educativas para motivar a los estudiantes y docentes.

Finalmente, divulgación y promoción a través de los medios masivos de comunicación del municipio tales como la emisora comunitaria, los periódicos y revistas locales; una vez realizadas las actividades de difusión en las diferentes instituciones educativas y a través de los diversos medios de comunicación del municipio se continua con una acto público de inauguración del *Laboratorio de Creación Literaria del municipio de Guarne*.

## **7. Proyección y sostenibilidad**

La sostenibilidad y proyección dependen en gran medida de la difusión de la misma, por lo tanto es necesario vincular estudiantes de diversas edades al proyecto para organizarlos por grupos y esta manera asegurar la continuidad del mismo al tiempo.

Otro factor importante tiene que ver con la proyección del trabajo realizado en el *Laboratorio de Creación Literaria*; por lo tanto, es indispensable realizar eventos públicos para presentar las propuestas literarias de quienes hacen parte del proyecto; igualmente, es necesario publicar las producciones literarias en medios

masivos de comunicación locales y regionales, así como inscribirlos a concurso y convocatorias promocionadas por diferentes instituciones públicas privadas.

Por otra parte, para garantizar la sostenibilidad del mismo, periódicamente se realizarán convocatorias en las instituciones educativas para ampliar el nivel de convocatoria y participación de los estudiantes, motivándolos para que hagan parte del *Laboratorio de Creación Literaria*; y aquellos que llevan un proceso más avanzado pueden cumplir un papel de tutores al tiempo que desarrollan sus propias propuestas.

Finalmente, se requiere hacer de este espacio un territorio de encuentro para la convivencia, la creatividad, la lectura, la libertad de expresión que den cuenta del universo literario que hay tras cada escritor y su forma de expresión.

Gisela Atehortúa Vanegas  
Maestría en Literatura  
Énfasis: Hipertexto y Ciudad

